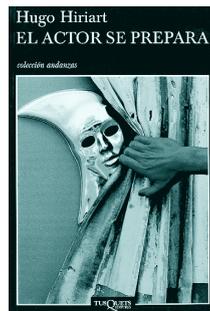


# El actor se prepara

de Hugo Hiriart

Katia de la Rosa



Desde su primera novela, *Galaor* —por la cual obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia—, Hugo Hiriart es conocido como un narrador original e insólito en nuestras letras, además de dramaturgo y ensayista agudo. Por esto, no es de extrañar que su más reciente novela, *El actor se prepara*, combine los tres géneros antes mencionados —novela, teatro y ensayo— y, de nuevo, desborde los márgenes a que nos tiene acostumbrados la literatura que hoy se escribe en nuestro país.

*El actor se prepara* es una especie de diario donde se registran las notas de Cirilo, quien, de entrada, a través de sus cavilaciones abismales, nos instala en una enredada trama policíaca que es, a la vez, un mero escenario teatral. “Cuando sales de la intimidad al intercambio mundano te conduces como se espera de ti; y entonces aparece el actor. Desempeñar un papel tranquiliza”, dice Cirilo.

La literatura mexicana ha contado con grandes narradores: Fuentes, Revueltas, Leñero, y con importantes ensayistas, desde Alfonso Reyes y Octavio Paz hasta Gabriel Zaid. Pero una combinación de estos dos géneros en una misma obra difícilmente se ha dado en nuestras letras y tal vez en otras regiones y otros ámbitos, como sería el caso de *Contrapunto* de Huxley, donde se nos cuenta una historia, mientras el personaje-autor reflexiona largamente sobre ella.

Cirilo y Ana Valentina inician, por órdenes de su jefe Baldasano —los nombres de sus personajes es un primer logro en la novela de Hiriart— una investigación para encontrar a la joven Aurelia, hija de un poderoso senador, quien ha desaparecido. Cirilo hace las veces de detective tanto en la búsqueda de Aurelia como en la de sus conflictos existenciales. Sus pesquisas lo llevan a descubrir tanto el rastro de Aurelia como su propia complejidad de ser en el mundo.

Mejor dicho: de ser en otro mundo. Ese “otro” que habita en él y que espera la oportunidad para manifestarse:

Había algo ahí, dentro de mí, que yo no conocía. Es decir, yo también soy ese desenfrenado, ese poseído. Pero no lo sabía hasta ahora. Ya lo sé.

Las alusiones al teatro son inevitables:

Muy diferente es ser sólo actor para ajustarnos a un papel —como lo hacemos en la vida de todos los días, para representar un papel porque ocultamos algo— a serlo de verdad.

A serlo de verdad... en esta línea, nos parece, puede encontrarse la clave del personaje y de la novela misma. ¿Es posible ser ese personaje, ese “otro”, en verdad? Pregunta que, por lo demás, nos refiere a las preocupaciones religiosas de Hiriart.

Pero nada de esto sería convincente para el lector si el personaje mismo no lo fuera. Este personaje-autor es siempre central en una ficción (o, como diría Freud, en un sueño). Invisible o presente, uno o múltiple, encarnado en la primera, la segunda o la tercera persona, dios omnisciente o testigo implicado en la historia, el narrador es la criatura fundamental que debe inventar un novelista para que aquello que quiere contar resulte *real*. Bajo su apariencia racional, toda buena novela domicilia materiales que proceden de los fondos más secretos de la personalidad del autor. A ese involucramiento del creador con el actor debe la literatura su fuerza y penetración en el inconsciente colectivo. Porque los demonios (actores-demonios) que acosan a los seres humanos suelen ser más perdurables que los otros accidentes de sus biografías. Así como podemos decir que, en

nuestras letras, hay un Fuentes, o un Revueltas o un Leñero, podemos decir que en *El actor se prepara* encontramos, en su más plena manifestación, a un Hiriart que ya ocupa, sin lugar a dudas, un lugar privilegiado en el mundo literario.

De esta manera, el lector del libro nunca está personalmente encarado con la realidad primera donde tiene lugar la trama policíaca, sólo con las diferentes versiones subjetivas que de ellas teje el narrador-filósofo. Esa sustancia inmaterial —reflexión, análisis, continuos devaneos sobre la decepción o el entusiasmo cotidiano— es el prisma a través del cual Cirilo va mostrando el mundo (interior y exterior) e involucrándonos en su historia. Y a ello contribuye en la ironía que, desde las primeras líneas consigue la novela: la ironía de una realidad suspendida y sutil, en la que la materia parecería haberse contaminado de la sonrisa —que no vemos pero adivinamos— de su autor. ¿Es posible hablar de una cierta ironía idealista? Tal es el caso de *El actor se prepara*, actor que parece preferir el género de la tragicomedia al de la tragedia misma. ¿No decía Chesterton que había que imaginar a Cristo sonriendo? Desde sus obras anteriores, Hiriart parece proponernos esa sonrisa como una alta actitud religiosa.

Por último, no podríamos dejar de mencionar la cercanía de Hiriart con otro autor, seguramente de sus predilectos: Graham Greene, quien también escribió una novela policíaca que termina por convertirse en un problema teológico y cuyo título es de lo más sugerente: *El revés de la trama*. Porque *El actor se prepara* para meterse —y meternos— en ese teológico revés de la trama. ■

Hugo Hiriart, *El actor se prepara*, Tusquets Editores, México, 2004, 155 pp.